



EDITORIAL CUADERNOS DE SOFÍA

SUPERVILLANO

HÉCTOR HERNÁNDEZ PEÑA

Portada: ,Montserrat Zavala

Colección 221-A...

La habitación de al lado de Holmes

SUPERVILLANO

HÉCTOR HERNÁNDEZ PEÑA

Editorial Cuadernos de Sofía

Supervillano
Héctor Hernández Peña
ISBN: 978-956-9817-08-3
Primera Edición Febrero de 2018

Portada y Contraportada
Montserrat Zavala
Cuadernos de Sofía

Editorial Cuadernos de Sofía
www.cuadernosdesofia.com

Referencia del libro: Hernández Peña, Héctor (2018). Supervillano. Ed. Cuadernos de Sofía, Santiago, Chile.

*"porque lo prometido es deuda,
este libro está dedicado a la memoria de mi abuelo y mi padre"*

Prólogo

Dicen que hay que terminar y comenzar el año con una buena lectura. Pues aquí tiene el lector entre sus manos una novela dinámica, ágil, intrigante y fácil de leer que te absorberá gran parte de tu tiempo de asueto.

La joven Cecilia es perseguida por sus amores de juventud, comienza desarrollándose en un departamento de una ciudad de México donde el amor y el odio están relacionados con el maltrato psicológico y machista. A partir de aquí comienza una vuelta atrás a recordar cómo llegaron a esa situación los personajes.

Son muchas las parejas que sufren lo mismo que esta joven pareja, no miden lo que es el amor, porque están enamorados y sueñan con que el mañana será mejor, pero a veces la realidad no es así. Pensamos que las relaciones idílicas y eternas se pueden dar, conocemos a muchas parejas que han pasado sus años de angustia, sufrimiento y amor juntos, .-y pensamos, si ellos pueden, nosotros también-. Las circunstancias y el libre albedrío de las parejas varían y se conforman en épocas y circunstancias diferentes, pero todo es un ciclo que se repita, situación, escena, año, siglo. El hombre repite una y otra vez los mismos efectos que nuestros antepasados, el amor-odio siempre estará presente en las parejas enamoradas. Todo termina de la misma manera con el amor o con la muerte violenta.

Dr. José Manuel González Freire
En algún lugar de México,
domingo, 31 de diciembre de 2017

La razón como enemigo número uno del amor

-Espera, abre la puerta, Cecilia. Deja que te explique -. Y el sórdido silencio que se escucha en todo el edificio. Cecilia se encierra tras 35 puertas de acero y plomo. Entre ella y la cocina hay un espacio de un abismo. Una negrura infinita que se despliega bajo sus pies y la consume. Pero no se atreve y no se cae. Por más que se esfuerza se queda ahí, de pie, escuchando la puerta ser golpeada una y otra y otra vez.

- ¡Dejen dormir, carajo!

- ¿Por qué no se va a coger a su amante y me deja de chingar?

-Mira, chamaquito, síguele y te voy a echar a la patrulla.

-Por eso digo que mejor ya me callo.

Rodrigo se derrumba del otro lado de la puerta, a cinco centímetros de la espalda de Cecilia, y se pregunta cómo las cosas llegan tan rápido del punto A al temido y nunca esperado punto Z. Está confundido, esa confusión que brota después de recibir el castigo merecido y no saber qué hacer con él. Entonces se arrepiente mientras revive cada detalle, cada aroma, cada sensación y se pregunta si valió la pena. Se pregunta si las cosas podrían ser distintas. Tal vez si Cecilia abriera la puerta y conversara, si pudiera explicarle que en realidad todo es un baile de máscaras y ella está en el centro, mirándolo acercarse como un cazador. Si ella se dejara desvanecer entre la pálida esencia de sus garras y se derritiera y volviera a comenzar.

- Abre la puerta, Ceci. Por favor.

Y ella llora y él fuma, sollozando lamentos.

Pero a la mañana siguiente todo será igual y él ya no estará ahí. Entonces algo habrá cambiado. Pero no. Se lo encontrará en el café o en el súper, quién sabe, pero ahí estará, como esperándola. Ya sabe cuánto tiene que esperar, qué flores llevar y donde comprarlas. Cecilia sospecha que hasta le hacen descuento. No se imagina semejante conversación: "¿Vienes por más rosas? No, no. Ahora le partí toda la quijada y me acosté con su prima, mejor deme los tulipanes. Muy bien, ¿traes tu tarjeta de socio? No salgo sin ella, señito".

Oiga, pero qué triste ha de ser atender una florería, son casi cómplices del maltrato y del tango violento y seductor. Pero hay que comer, aun si al hacerlo se violan todos los principios humanos y se desgarran la tela de la bondad. Aun si esos pequeños actos le siguen arrebatando a Cecilia toda esperanza. Porque ella aceptará las flores y serán felices de aquí hasta que alguno rompa el silencio, se deshaga de los papeles y se mofe en la cara del otro.

Cecilia mira el reloj, son las tres de la mañana. Se supondría que vería a Mariana en doce horas, justo en su casa regada de platos y servilletas y alfileres.

Es la una y media y Mario entra al bar, bien arreglado y perfumado. Bajo el brazo lleva un ramo de rosas rojas, unas 25 más o menos, no alcanza a ver bien Jorge. Se sienta entre Tere y la Lupi, pide una ronda de cervezas, está feliz, encantado, enamorado.

- Les comentaba a las chicas lo curioso de la ilusión de privacidad.

- ¿Por eso del invasivo capitalismo?

-No, no. Deja eso para los sociólogos y psicólogos. Yo hablo más de una privacidad complicada, intrínseca a la naturaleza de ser humanos.

- Pues no te estoy entendiendo.

- Te pondré un ejemplo, uno sencillo. Imagínate que vas en bici, ¿usas bici? Qué importa. Vas en bici, de repente retumban tus intestinos y alzas una nalga para dejar salir un gediondísimo pedo producto de aquellos tacos de canasta que tanto te gustan. Te sientes aliviado: vas a doce kilómetros en un lugar donde no pasa un alma. Pero lo que no sabes es que el asiento de tu bici, ese asiento tan cómodo y fiel, acaba de saborearse el producto de tus entrañas. No dice nada, no ve nada, solo siente y huele. Ni escuchar puede, nada. Ni un aviso antes del maratónico gas. Y está ahí, inmóvil, siendo víctima de tu ilusión de privacidad.

- Pero, ¿cómo es eso intrínseco de nuestra condición? Es más que obvio que las cosas en sí no tienen vida. Mucho menos la capacidad de oler.

-Puede que no. Pero tenemos una extraña manía de otorgarle vida a cosas que no la tienen. Como ahora que bebes una cerveza y crees que está deliciosa, que es un regalo de los dioses, y se te olvida que la cosa en sí, como tú dices, ni es deliciosa ni es un regalo de nadie. Ni siquiera es su propósito que la bebas y la digieras y luego te pedorrees en el asiento de tu bici. ¿Me explico? Ahora mismo, casi sin querer, le estás dando vida, o al menos cierta vitalidad, a ese tarro.

-Bueno, te entiendo. Solo logras que me ponga paranoico respecto a mis flatulencias.

-Es la idea. Si para la próxima vez dudas, aunque sea un milisegundo, sabré que tenía razón.

- ¿Y por qué las flores?

- ¿Qué? Ah, sí. Son para Mariana, Tere.

- ¿Le has roto la cara a palos otra vez?

- Cállate. Sabes que no haría algo así, y si lo hiciera no le compraría rosas, sino tulipanes. Y todos ríen porque saben que Mariana detesta los tulipanes. Mariana es alérgica a los tulipanes y vomita azul cuando rozan su piel. Por eso Mario le lleva grandes y enormes rosas rojas en su aniversario.

- Es que estoy algo nervioso, sabes. Por eso vine a tomar una cerveza. No pensé encontrarlos aquí, pero bueno, ahora podrán ayudarme un poco.

- Pero a qué vienen los nervios, Mario. Llevan ya 5 años juntos, no te entiendo.

- Bueno, sí, pero creo que esta noche será la noche.

- ¿No han tenido sexo en todo este tiempo? Qué conservadores...

- No, tarada. Le voy a pedir que se case conmigo.

- Pues felicidades.

- Pues espera a que me dé el sí.

- ¿Y si no?

- Por eso estoy tomando antes de ir a verla.

- Claro. Soluciones prácticas como siempre.

- Mira, levántate y ve con ella. Nosotros pagamos.

- Pagarás tú, Lupi.

- Pues pago yo, pero no me vengas con estas ridiculeces, Mario. Lárgate a verla.

- No te apures, iré a recogerla cuando venga de regreso.

- ¿Salió? Qué raro de ella.

- Ya sé, pero insistía en que quería ver una exposición de ese pintor malísimo. Yo hui, por supuesto, pero le recomendé ir con Sofía.

- Ah, tan práctico como siempre.

- Ya no debe tardar, quedé de pasar por ella a las 3.

- Pero si apenas son las dos.

- Es que me pongo impaciente. Deja la llamo.
- Oye, espera, ¿no compraste anillo? Así no puedes pedirle matrimonio.
- No seas tonta, Tere, claro que lo tengo, pero no lo verán hasta que esté en su mano.
- Más vale que sea enorme.
- Lo es. Justo lo que ella merece.

- Hay algo de romántico en todo esto. Es casi como si el pintor se estirara desde el otro lado para apoderarse de nuestros corazones.
- Creo que la romántica es otra.
- No te burles. Mira aquí, ¿ves esos trazos? ¿ese manejo de la espátula? Divino, maravilloso.
- Estás exagerando, Mari. Relájate, mejor fíjate en ese muchacho. No, el otro, junto al de camisa gris. Nos ha mirado toda la noche y creo que algo quiere contigo.
- Sabes que no puedo, Sofi. Menos ahora que Mario se me va a proponer.
- ¿En verdad? Vaya. Pues felicidades. Tres hurras por el amor.
- Esto es serio. Supongo que se acabarán nuestras escapadas de solteras.
- ¿Escapadas? ¿Solteras? De qué hablas, amiga. Apenas y te veo una vez al mes y eso si el señor patrón otorga el permiso.
- No seas así con él. Yo sé que es algo estricto y todo, pero así fue criado. Además, él va a colocar esta pintura sobre la cama, así que me basta.
- Que avariciosa eres, Mari. Ya no sé si amas al pobre hombre o solo lo utilizas.
- ¿Pobre? Hace un momento era un tirano. Pero claro que lo amo, eso no lo pongas en duda. Yo solo me dejo querer.
- No entiendo nada, pues.
- Es porque nunca has estado enamorada. Así es esto: ceder, soltar, entregarse por el otro. Sé que me he sacrificado por Mario, tal vez un poco demasiado, pero él ha hecho lo suyo. Yo soy feliz, Sofi.
- Pues si eso es el amor, yo zafo. Pero sí o sí con el chavo éste, mira que su amigo no está nada mal. Y no veo un anillo en tu mano.
- Cállate. En serio que eres bien puta. Mejor déjame buscar al encargado que esta me la llevo.

- ¿Amor? ¿dónde estás? Son ya 3:10 y no llegas.
- Perdón, cariño. Vi una pintura que me gustó y pues decidí comprarla. ¿No hay problema verdad?
- Claro que no, lo mejor para mi mujer. Pero apúrate que quiero darte una sorpresa.
- Voy corriendo. Te amo.
- La sorpresa se la va a llevar él si ve semejante mordida que llevas en el culo.
- Cállate que aún no cuelgo. Mira, tu pásame la crema esa. ¿Cómo dijo que se llamaba?
- No sé, Sebastián o algo.
- Ni para eso me ayudas.
- ¿Y pa' qué quieres saber, si estás a punto de ser la señorita Rodríguez?
- Pues puede que la señorita Rodríguez se sienta sola de vez en cuando. Dime que al menos tienes el número.
- Eso si no falla.
- Con eso ya está. Lo demás son formalidades. Pero, oye, ni una palabra eh.

- Claro que no. No me atrevería a arruinar el idilio que es su amor profundo y puro. ¿Irás de blanco al altar, zorra?
- Pendeja. Yo amo a Mario, esto es solo... solo un descuido, una mancha imperceptible al expediente de esposa perfecta. Le llevaré el desayuno en la mañana y se la mamaré hasta que se me pase la culpa.
- Ha hablado la experta. Pero en serio, ¿por qué no lo dejas?
- Porque lo amo, Sofía. En serio que lo amo, aun con estas pendejadas que hago. Ya sé que estoy mal, pero qué hago. Además, tú no haces mucho por ayudar.
- ¿Quién dijo que quería ayudar? Yo creo tienes un problema, Mari. Deja a ese cabrón antes de meterte en problemas.
- No te preocupes por eso, tú chitona y ya. Espera, ya estamos llegando.
- ¿Sigue con ese viejo chevy? Ya que renueve...
- Es que anda apretado de dinero.
- Pues sí, con esta futura esposa como no.
- Ya, chinga.
- Hola, amor.
- Hola, mi vida. Hola, Sofía. ¿Qué tal la noche?
- Aburridísima.
- A mí me pareció muy fructífera.
- Qué bueno, qué bueno. ¿Algo que deba saber?
- Solo que te amo.

Generación espontánea de maldad infinita

- Deja de tocarme el pelo.
- Es que lo tienes tan sedoso. Se me pierden los dedos en este mar de suavidad.
- Pero me vas a despeinar y ya de por sí es tarde. Mejor ve a ver si ya llegó el taxi.
- No seas así, Cecilia. Vente, échate conmigo. Falta como media hora para que llegue y tú actúas como loca.
- Pues claro que sí. Sabes que es una noche importante para mí, Rodrigo.
- ¿Y? Eso no hará que el taxi llegue antes. Pero sé de algo que sí...
- Que te detengas, carajo.
- Bueno, ya. Te esperaré abajo. Cabróna.

Y se va creyendo que Cecilia no lo escuchó, pero esperando que lo haya escuchado. Se desliza por la puerta y, simultáneamente y con total discreción, saca su cajetilla de Marlboro. Son las siete y cuarto, tres horas antes para la ceremonia y Rodrigo está en la puerta fumando. Luce elegante en smoking, corbata y bien peinado. Fuma un cigarro tras otro, dudando si regresar con Cecilia y tratar de calmarla o rendirse ante sus arrebatos. Pero entre duda y duda comienza a divagar, se distrae, se emociona, se pone a recordar las manos de anoche que desabotonaban su camisa, la lengua deslizándose por su cuello. Su pene se erecta y recuerda el olor, las sabanas del hotel y los gritos fingidos de la mujer que poseyó anoche. No importa, no se preocupa. No busca el reconocimiento, solo el placer inmediato, la explosión que lo arrebate lejos del mundo y más allá de su vida terrenal. Y lo consigue y se deleita.

- Cecilia, baja, corre. Ya llegó el taxi.

Nadie contesta. Insiste y vuelve a insistir. Nada. Espere, ya regreso, se ha de haber roto esta chingadera. Sube las escaleras despacio, imaginando la escena que va a suceder, aferrándose a la esperanza de entrar y ver su libertad. Pero no. Llega y Cecilia no está, se ha ido justo en su gran noche, su momento, su coronación como la perra mayor, la bruja más malvada de entre las brujas.

- Pinche Cecilia. ¿Dónde estás? Ya está corriendo el taxímetro, carajo.

De nuevo nada. Se acerca al baño, teme lo peor (o lo mejor). Otra vez nada. Solo una pequeña nota escrita con labial en el espejo (pequeñísima): "Me fui sin ti. Cabrón".

- Hija de puta.

- Hace poco me preguntaron una tontería, cosa de nada. Pero esta pregunta me está insistiendo, me taladra la sesera. Es como esa canción de la radio que odias, pero se te pega como la gonorrea. Así estoy yo ahora.

- ¿Qué pregunta?

- "¿Cuánto dura el amor?"

- Pues lo que tenga que durar, ¿no?

- Eso pensé al principio. No lo sé. Hice cuentas: un año con una, tres años con aquella, toda la vida con mis padres y mis tres hermanos. ¿Se me acabará el amor?

- ¿Puede acabarse el amor? Porque yo lo estoy derrochando. ¿Debería detenerme?

- No, no lo creo. O no lo sé más bien. Depende de tu postura, supongo.

- ¿Si estoy erguida o encorvada?

- No, tonta. Digo que, si crees que el amor es una fuerza del universo o algo así, o si crees que emana de nosotros de forma voluntaria.

- Si fuera voluntario no habría tanta gente en el bar.
- Buen punto. Pero es lo curioso de esa pregunta. ¿Cuánto dura el amor? ¿cuánto debe durar? ¿se acaba el amor? ¿a dónde va el amor cuando decimos que ya no amamos a alguien?
- Me estas mareando, Jorge. Espera un poco, primero dime quién te hizo esa pregunta para irle a reclamar.
- El peluquero, qué se yo. ¿Crees en el amor, Lupi?
- Bien sabes que sí. He dedicado mi vida a dar amor: los niños enfermos, los perros abandonados, los viejitos solitarios...
- ¿Y una pareja?
- De esas cosas no hablemos.
- ¿Cómo es tan fácil para ti pedir amor para extraños y no para una pareja?
- Ay, Jorge. No lo sé, no me psicoanalices.
- No lo hago, no. Es más bien una duda que me corroe.
- Creo entender porque te persigue esa pregunta.
- Yo también lo sé.
- ¿Aún la amas?
- No me imagino a mí sin amarla. No podría soportar un día en que despertara y no recordara esa sonrisa o ese cabello o ese olor o esas manos...
- ¿Y no importa que el amarla duela tanto?
- Dolor, amor, amor, dolor...
- No puedes hacer como si nada pasara, Jorge.
- No lo hago. Trato de mantenerme activo, ya sabes, como los tiburones que mueren si dejan de nadar. Voy de aquí para allá, probando esto, besando lo otro. Creo que es un buen modo de vivir. Me mantiene distraído de los asuntos importantes, de las preguntas tontas... que cuánto dura el amor: toda la vida.
- ¿Amas a esa niña del kínder todavía?
- Eso no era amor. El amor es más grande, el amor explota. Ella me hacía explotar. Me hacía volar en pedazos siempre que me tocaba, siempre que nos tumbábamos en el pasto a pensar en el futuro. Y así de repente se me fue todo, como una explosión.
- Yo más bien lo siento como una cálida corriente que inunda mi cuerpo. Una electricidad, un murmullo bajo la piel... oye, no llores, ¿qué pasa?
- ¿Cuánto me va a durar este amor, Lupita? A veces... a veces no sé si quiero que dure para toda la vida o que se termine ya.
- Ah... creo que no vives tan bien como dices.
- No te burles.
- Nos conocemos lo suficiente, Jorge. Sabes que no me burlo, sabes que te escucho y te entiendo porque es la enésima vez que hablamos sobre esto. Ya han pasado tres años y te veo atascado en el mismo lugar.
- Entonces el amor me ha durado siete largos años. Siete años de mala suerte. He de haber roto muchos espejos cuando era más pequeño.
- No me cambies el tema. No me hables de espejos, de tu madre, de sus panecillos ni de su partida. Háblame de ti, de lo que hay en tu pecho.
- Hay un enorme vacío que me pesa enormemente.
- ¿Es el lugar que ella habitaba?
- No.
- ¿Entonces?

- Es el lugar donde nadie nunca ha habitado y que ella pudo rellenar a medias, tanto así que era soportable. Ahora se fue y yo ando buscando algo que se le parezca. Pero todo me devuelve a ella. Incluso esas estúpidas preguntas de sobremesa.

"Y es que no lo entiendo, Lupi. ¿Cuánto debe durar el amor? Este amor, esta falta, es una condena, se hace una carga cuando la otra persona se ha ido y uno lo tiene que sostener solo. Me siento como deshecho, como maltratado, como corriendo detrás de sombras y risas que salen de la niebla. No sé qué estoy haciendo conmigo.

- Quisiera poder alcanzarte ahí donde estás. Pero te veo tan pálido, Jorge, tan fantasmal. Me parte el alma porque aquí es donde yo reculo, donde yo cambio el tema y te digo que iré por otra cerveza para platicar largo y tendido. Y me quedaré detrás de la barra, buscando como excusas que valgan para abandonarte de ese lado de la línea.

- Podríamos hacer un pacto. Tú te quedas y me amas y así amas algo por una vez en tu vida. Y yo me voy llenando.

- ¿Bastará? ¿o seré otra de tus noches de borracho? ¿Amaneceremos sintiéndonos mejor o voy a odiarme en el silencio del hotel donde se te ocurra cogerme?

- Lo pintas como si yo fuera el villano.

- No lo eres, perdón. Creo que el villano es el amor por no dejarte en paz.

- No, no. Soy yo quien no lo deja abandonarme.

- ¿El amor se controla? ¿el amor se elige? Preguntas para después de clase de filosofía o algo.

- Qué bueno que me puedes sacar una sonrisa aun en estos momentos.

- Por eso soy tu amiga.

- Entonces dime, ¿por qué le huyes al amor?

- ¿Quieres otra cerveza?

- Perdón por lo de antes, estaba muy nerviosa.

-No te preocupes – le dice sin voltear a verla, lavándose el labial debajo de la camisa, quitándose el olor del amor a 500 la hora. – Lo bueno es que te llevaste el premio y la donación. Ahora sí podremos celebrar.

Cecilia se pregunta cómo tiene tantas fuerzas para coger, aun después de haber estado toda la noche "celebrando" con putas sidosas. Pero no le importa porque se siente feliz, realizada, al menos por ahora. Y también quiere celebrar. También quiere revolcarse y sudar y arañar con odio la espalda de Rodrigo, escuchar su grito de dolor, su grito de aprobación. Se sentirá viva entonces, llena de poder.

- Me hubiera gustado que estuvieras ahí.

- Sí quería, amor. Es solo que estaba muy molesto con tu escapada, no quería arruinar la noche con una escena.

- Pero si la de las escenas soy yo. Igual, tienes razón. Tal vez fue lo mejor. ¿Ya te dije que lo siento?

Y se abrazan y se besan, tiernamente primero, casi con delicadeza, como cuando se carga un bebé recién nacido. Pero el bebé crece y se enfurece y hace rabieta. Pronto no saben qué hacer con él. Está ahí, devorándolos, consumiéndolos. Se arrebatan, se golpean y crujen los resortes de la cama al son del sexo despiadado. El bebé ya es un adulto con colmillos y necesidades, irresponsable y puerco. Pero nadie se queja, solo lamen las heridas que acaban de abrir y vuelven a empezar, agitándose insoportablemente en un estupor ciego, casi hipnótico. Todo hasta que el bebé vuelve a ser bebé y duerme tranquilo, sin roncar ni llorar.

Él se sienta al borde de la cama porque no soporta estar con ella cuando todo acaba. Quiere escapar antes de volver a caer. Ella lo observa haciendo justo lo que ella quiere hacer y se siente aliviada de no mostrar debilidad. Los hombres son tan blandos después del orgasmo. Eso la pone feliz, la deleita. Otra vez siente la fuerza en su interior y quiere embestir de nuevo, no quiere parar, quiere morir en una explosión feliz y efímera. Tan rápido que nadie vea ni escuche, tan rápido que ella no tenga tiempo de dudar.

- Espera, espera. Necesito un respiro. Y una venda para tus rasguños.

- ¿Qué, ya te cansaste? Pensé que eras un semental – y la pequeña sonrisa que asoma de sus labios y se relame.

- Y lo soy. Pero es que tú estás loca. Vas a acabar matándome.

- ¿Y no se trata de eso, mi amor? ¿No por eso te vas de putas y de borrachera e inhalas cocaína en el baño de los restaurantes? – y ríe, fuerte, feliz, elevada, realizada otra vez.

Pero él no se sorprende con la pregunta, no flaquea, no duda. Sigue bebiendo agua como si Cecilia hubiera estado callada todo este tiempo, como si ni estuviera ahí. ¿Por qué? ¿por qué sucede eso? No entiende Cecilia, no entiende cómo puede estar acorralado, perdido, derrotado ante su imponente figura de mujer y no temer. Ahora ella se retrae, pasó el momentum, retrocede y se contrae, se hace pequeña y vuelve a ser la niña que no salía de su cuarto al escuchar a su madre gritar mientras su padre la golpea y azota las puertas y avienta las sillas y pateo al perro porque se atravesó. No quiere ser ese perro, no quiere ser su mamá. Por eso huye al verse amenazada, pero siempre regresa. Porque no conoce otra vida.

“¿Qué haría si en verdad me temiera?”.

- Pues sí, así es. Pero prefiero matarme despacio y no en una noche.

Todo se ha congelado, todo volvió como las flores en la mesa. Se secarán si nadie las pone en agua. Qué importa ya. Cecilia se desliza bajo el brazo de Rodrigo y se detiene. Está a su merced.

- ¿Me acaricias el cabello?

- Claro. Échate.

- ¿No te molesta que sepa todo sobre ti?

- Más me molesta que sigamos jugando a esto.

- ¿Y por qué sigues regresando?

- No lo sé. Creo que te amo.

- Yo te odio, Rodrigo, te odio con todo mi ser.

- ¿Por qué no te vas entonces?

- Qué extraño. Justo el otro día un amigo me hizo la misma pregunta.

- ¿Y qué le dijiste?

- No sé. Cualquier cosa, una explicación para un amigo, una que sea suficiente y no entre en detalles. Sé que no podría ser tan honesta con él como lo soy contigo.

- ¿Entonces cuál es tu respuesta para mí?

- Fácil. No me voy porque no tengo a donde ir.

- Creo que esta será la última vez que nos veamos.

- Sí. Lo dejaste muy claro desde la primera vez.

- Es extraño, no quisiera que terminara. Pero sé a dónde va a ir y no me gusta.

- ¿Cómo sabes que no te va a gustar? Ni nos conocemos lo suficiente.

- Es casi una regla, Oscar. Cosa de experiencia. Se hace necesario que me vaya.

- ¿Por qué sigues huyendo, Sofía? Es gracioso porque es lo único que sé de ti: tu nombre.

- Eso no parecía importarte hace un momento.
- Tú crees que no, pero en mi cabeza también pasan cosas. Tú no sabes quién soy yo o qué busco. No sabes qué vi en ti. Y sin embargo...
- ¿Crees que no me importas?
- ¿Te importo?
- Sí. Es solo que me importo más yo.
- No. Te importo y es por eso que ya estas vestida. Espera, espera. Tomemos un café.
- No empieces. Quedamos en algo.
- No estoy rompiendo ninguna regla. Es más, ya no hay reglas, Sofi, porque hoy te vas y no volveremos a vernos.

Y se queda callada, mirándolo salir por la habitación solo con una camisa mal abotonada. Mira las paredes, los cuadros que seguro le gustarían a Mariana. Afuera llueve, suave, como un murmullo, esa lluvia que a uno no le molesta, que apenas se siente tocar la carne. Pero llueve e igual se moja la ropa y se arruinan los peinados. Sofía se levanta y comienza el lento proceso de desnudarse. No hay prisa, no hay alguien esperando, solo la promesa de un café.

Tendida en la cama a media luz, se pregunta si él volverá. Sofía no sabe y se pregunta y se deja ir. Fuma y vuelve a fumar, vuelve a revivir el momento y trata de no soltarlo, de por una vez en su vida sostener algo. Pero se vuelve a detener, en seco, como las gotas contra el vidrio. Golpean y se escucha su voz. La voz de la lluvia. Ella escucha el fuego en la estufa, los pies descalzos de Oscar deslizándose en el piso, andando de aquí para allá, temerosos pero seguros. Una cierta seguridad que ella solo puede soñar. No entiende nada, nunca lo ha entendido. Por eso se esfuerza tanto.

- Toma. Anda, cuéntame quién te hizo tanto daño. Seré tu confidente por una última noche.

¿Daño? El café está caliente. ¿Será cómo a ella le gusta? Tres de café y una de azúcar para estar despierta. Lo prueba. No es el correcto, pero sabe bien. Ese no sé qué que le gusta a uno. La extraña sensación de hacer lo equivocado con toda intención y disfrutarlo. Pasan los minutos y Oscar mira a Sofía que mira a su café. Se ayuda con la poca luz que entra por las ventanas. Casi va a anochecer y en la cama se notan los suaves tonos rosas, naranjas y morados. Esos colores surcando las piernas, el abdomen, los pechos y la cara de Sofía. Él podría recorrer todos esos caminos por un largo tiempo. ¿Toda la vida? No sabemos; una vida dura toda la vida. ¿Quién puede hablar de eternidad siendo mortal? Oscar se pregunta cuánto puede estirarse sin tocarla, cuánto puede verla sin gastarla, cuánto haría falta para que el momento fuera eterno.

- Nadie me ha hecho daño nunca, Oscar. He sido de esas personas afortunadas que lo han tenido todo. Bueno, no todo, pero sí un poco de todo. No puedo decir que mi vida ha sido un carrusel rosa de felicidad alcohólica. Pero me va bien.

“Mis padres fueron grandiosos, las pocas parejas que he tenido lo han sido. Tengo buenos amigos, un gran trabajo y dos perros. Me gusta la lectura detectivesca y los cuentos para niños. Bebo café en mi sofá mirando la ventana, porque del otro lado están mis hermosas flores que he visto crecer desde que tenía 19 años. No hay cicatrices en mi alma, no hay heridas profundas ni sueños deshechos ni malos amores. No tengo nada, Oscar.

- No puedes decirme que huyes de todo esto por nada.
- Pero es justo lo que te estoy diciendo. Sin tener nada me hice mi propio universo, justo porque yo también quería tener algo.
- ¿Te inventaste todos estos miedos?

- No es solo los miedos, Oscar. Uno crea mundos, crea historias. Esas pequeñas historias a las que nos aferramos y a partir de las cuales intentamos vivir. Inventamos este "ser yo" en nuestras cabezas y pensamos que sí, que es posible. Yo no lo sé, pero así intento vivir: fiel a unos principios que hoy no sé dónde adquirí o aprendí o se me fueron enseñados.
- Pero no puedes simplemente renunciar a todo... renunciar al amor.
- ¿Cómo se vive el amor? Al amor se le sobrevive, se le sobrelleva. ¿Dónde queda el amor? ¿Dónde quedan esas charlas? ¿Es esto el amor? Yo ando por ahí como buscando algo, como mirando a la gente esperando una respuesta, una no vulgar, no prosaica ni infantil. Me muevo y veo la mirada del amor en esas calles, tras esos golpes, tras los gritos. Yo nunca tuve algo así, yo no conozco eso. ¿Qué haría si me enfrentara contra eso?
- Pero eso no es el amor. Es el disfraz, el aparato fuera de él que lo recubre y lo eclipsa. No puedes temerle a algo que no conoces.
- ¿Podrías prometerme el amor?
- Sí.
- ¿Y lo cumplirías?
- Depende de si te quedas el tiempo suficiente.
- El problema es que no sé si quiero el amor. Tú me estás viendo y siento tu deseo, la tensión. Mi piel se eriza y el café sabe delicioso, aunque no es la marca que me gusta. Estamos aquí desnudos escuchando la lluvia y tú tratas de comprender algo que no es para ti. Sé que eso es el amor, siento el amor en tu mirada, en tus manos. Y lo siento extenderse por mis brazos y mi cuello. Mi vientre arde, mis manos palpitan. Claro, sí, eso es el amor. Por eso tengo que salir huyendo, porque no sé qué más hay detrás del amor. Porque somos personas. Porque el amor no está disfrazado, no: el amor es el disfraz del villano.

Se alza el telón, fuera máscaras

Primera parte

La avenida Independencia está desierta mientras el auto se desliza por el empapado asfalto. Las manos en el volante aprietan fuerte y sueltan, vuelven a apretar y en las palmas se dibujan pequeños puntos rojos que desaparecen y vuelven a aparecer. Los ojos ignoran las luces rojas que intentan gritarle "¡DETENTE!", mientras, la boca se contrae en una mueca, los dientes rechinan y de su nariz sale el bufido impotente de una bestia mansa.

Es 23 de noviembre, viernes a las 19:43, las señoras ven las telenovelas, los caballeros se embriagan en bares, antros, cantinas ilegales. Los gritos se ensordecen detrás de la muralla de lluvia y dentro de los pequeños cuartos de hotel de paso nadie sabe qué pasa. Una mirada tangente se eleva y deja caer el agua perpendicular sobre sus anteojos, piensa que una mano caliente le abrirá el camino a un momento que no sea agotador. Pero la lluvia también lava las esperanzas y esa mano no llega, el perro no salta al charco, la madre se limita a subir el volumen mientras en la otra habitación su marido, ebrio, golpea al hijo que dice amar.

Amantes discretos se desdibujan los unos a los otros, se marean y se engolosinan. Suben a una marea intangible e incontrolable. Los besos de uno se convierten en las manos del otro y el tronar de la lluvia enmascara toda súplica de perdón, de incertidumbre. Detrás de las cortinas nada sucede, nada se mueve. La millonésima vez que él se desliza por el vientre de ella hasta su sexo y lo hace vibrar. Resuenan juntos en un viaje espectral del que esperan no volver, porque el amor es también una droga barata: la consigues en cualquier supermercado o bajo algún puente al dos por uno. Y así ellos deciden creer y jurarse, una vez más, bajar para siempre del bendito unicycle.

Un celular suena apagado dentro de un viejo Chevy, las manos que asfixiaban al volante se mueven veloces, una a una, abren el aparato, escuchan, y la garganta vocifera signos inentendibles.

-Alto, para que no te entiendo una mierda.

Es difícil hablar lleno de tanta rabia, por eso nos detenemos un segundo antes, cogemos aire y dejamos que limpie un poco la herida abierta. ¿Qué nos molesta? Una multitud de cosas: la frustración, la tristeza, la incomodidad, el ser lastimados. No. Nos molesta nuestra debilidad porque queremos ser fuertes, al menos parecerlo. Sencillamente ese día él no ha sido fuerte, él no ha sido fuerte ni un día de su vida. Todos se han burlado de él, todos los han buscado para reírse, todos le han visto la cara cientos de veces. Él está harto de todo, se lanzaría ahora mismo por el puente en diagonal que cruza a toda velocidad, pero los culpables deben pagar. Su madre estará orgullosa cuando lo vea triunfante, al fin podrá regresar a casa y sentirse digno de comer en la misma mesa que su padre. Sentirá el cariño irradiarse desde el otro lado, invadirlo, inundarlo y ahí, en ese momento efímero que su imaginación guarda para una fracción de momento antes de morir, se mirará feliz.

- Mario, contesta, ¿estás ahí?

- ¿Tienes la dirección?

- ¿Estás seguro de eso?

- ¡Dame la puta dirección que para eso te estoy pagando, carajo!

La víctima se vuelve victimario, las ruedas entran en movimiento. Algo dentro de él se ha roto ya. Se consume a sí mismo y se relame las heridas. Es vigoroso el sentimiento, casi se avergüenza de sentirse tan mezquino. Casi. La mirada en el retrovisor aprueba sus actos, es su cómplice, su propio verdugo de carne y cristal. Una melodía suena, muy lejana, casi desde la niñez. Una parte de él ahora lo entiende todo, la otra parte se convierte en todo lo que odió por tanto tiempo. Debajo de la máscara siempre están los demonios que no hemos querido enfrentar.

¿Enfrentar? Mario lo acepta mientras baja a toda velocidad por la calle 24 y el auto se patina hasta casi rozar un escaparate de ropa de marca. Sus manos se mueven ágiles entre el volante y la palanca de velocidades. Su mirada no desiste, no deja de insistir mientras se inyecta de un rojo tan intenso que iluminan la vieja calle hasta la pared donde descansa la ira de su fracaso. Pronto estará ahí y ya siente la agónica felicidad de arrebatarse a esa perra el último aliento de su patética vida. Si en un momento él pudiera mirar hacia atrás, lo haría solo para ver el breve hálito de sangre que empapa su deseo. Su cabeza es una joya y debe guardarse como tal. Mil años pasarán para que se atreva a buscar el perdón. Hoy no, porque hoy lo invade ese instinto homicida que caracteriza a las presas arrinconadas, el animal herido que conoce su suerte. "Mira a ese payasito, baila payasito, ríe payasito, muévete, estúpido payaso".

Baja del auto, sube la escalera, primer piso, segundo piso, habitación 20, 21, 22. Entra agitando los brazos, blandiendo las manos como cuchillos. Azota la puerta y deshace la televisión de un puñetazo. Los cristales vuelan, ensangrentados, hasta la alfombra de peluche rosa. Nadie, vacío, todo fue en vano.

- No había nadie.

La voz ya no suena tan enardecida, los nervios se han calmado y las venas en su sien han desaparecido. Puede que esta noche las cosas puedan salvarse y que él no acabe cometiendo un crimen y arruinando su vida para siempre. Ojalá las cosas fueran tan fáciles.

- Espera, lo siento, la lluvia no deja que llegue la señal. Estás en el último lugar que pude captar, pero ya tengo una nueva dirección. ¿Aún la quieres?

Encontré el amor en forma de un estallido redentor. Había temido tanto tiempo seguir caminando bajo los reflectores y hoy pude alzarme, hermosa, ante la mirada expectante de un solo asistente. Él camina, desnudo, de una habitación a otra, como buscando piezas de un sueño por pegar. Las luces tenues de mi loft iluminan, suaves, las sabanas, las almohadas y a la bella extensión de mi cuerpo. Es cierto, me conozco bien, los detalles poco placenteros, el lunar que cambiaría de lugar, los hoyuelos en la espalda que me hacen parecer tan sensual cuando él me toma por las caderas y me embiste. Esta suave explosión de murmullos y sencillas muestras de cariño que me tienen atrapada del cuello y hasta la coronilla. Mi mirada camina con él. Estoy agazapada en el pequeño rincón que me he construido en la cima del universo. Todo en mí palpita con un sordo eco, "poom poom poom". Esto es solo la demacrada descripción de mi persona, un breve vistazo al interior de mis paredes y cavernas. Oscar se ha encargado de tapizar las paredes, adornar las ventanas y crear un enorme tragaluz en las cuevas de mi alma. Ahora todo luce muy florido, muy cálido y se siente aún mejor cuando sus manos me sujetan y me hacen bailar al son de una música que no existe, pero que ruego para que nunca se termine.

- Oye, Sofi, estoy buscando la sal, ¿dónde está?

Dejo que la pregunta flote en el aire, que rebote por los cuartos y me llegue una y otra vez. Estoy escuchando su voz, tratando de no dejarlo entrar demasiado, pero ya es tarde. La primera noche... no recuerdo la primera noche, pero esa noche en que el intentó darme algo que no tenía yo le creí. Hemos ido construyendo castillitos de cartas sobre las nubes, así de frágiles y simples. Ahora mis poros sienten la vibración de su garganta aún a veinte metros de distancia.

- Espera, voy para allá.

Me levanto despacio y me pongo la bata, la amarro frente a mis caderas y me fijo de dejar un espacio, lo suficiente para que se abra desde mi pelvis y deje asomar el ombligo y parte de mis pechos. Estoy provocando a la bestia, aun cuando no necesita provocación.

Subo al pequeño escalón que me ayuda a tomar las cosas en la alacena. La sal está hasta al fondo porque intento no usarla, trato de cuidarme. Siempre he querido que las cosas tengan cierto orden, que estén en un lugar donde pueda verlas y medirlas y preverlas. Oscar no es una de esas cosas, ha entrado a martillazos por la cocina y demolido el lavabo, asaltado el refrigerador y vomitado en mi cama. Se ha retorcido encima de mi ropa, me ha besado, probado y me ha hecho el amor una y otra vez en el buró. Me ha tomado con sus manos, me ha jurado amor en tiempos que ni siquiera son los nuestros. Promete estar aquí y allá y regresar para cuidarme, pero yo trato de no creerle, sé que son cosas imposibles, pero el amor hace sonar todo tan posible. Como esa vez que él amenazó con cargarme el resto de las escaleras y yo no creí que fuera capaz. Tres pisos lo separaban de lograrse como el macho alfa que pretende ser. Recuerdo que me sujeté de su cuello y lo dejé andar, tratando de ser lo más ligera posible, de no ser una carga, de insistirle que a mí no me debe nada. Pero lo logró. Sin deberme nada me pudo dar todo.

- ¿Para qué le echas tanta sal? Eso de por sí ya es salado.

- Es que así cocinaba mí mamá. No puedo comer de otra forma, es como una rara adicción que sé que me aprieta el corazón de una forma no muy sana. Qué le voy a hacer.

- Para empezar, podrías detenerte.

- Oye, no, devuélvela, aún no me sabe esta porquería.

- ¿Cómo que porquería? Si lo preparé con hartos amor.

- Es broma, cariño, en realidad son los mejores huevos con salchicha que he probado en mí vida.

- Tampoco exageres.

- ¿Exagerar? Pruébalos, son dignos de un banquete real.

- No, Oscar, ya los arruinaste con tanta sal. Mejor me comeré una manzana

- ¿Y si mejor nos comemos entre nosotros?

- Hasta que lo dices.

De vuelta al ruedo, a la cama, a sus brazos y esas gigantescas manos que asfixian mis miedos y los contraen hasta volverlos un infantil grito de auxilio. Su voz vibra entre mis costillas, me hacen sentir fuerte, valiente, valiosa. Puedo ser capaz de todo mientras él se quede aquí, puedo intentar arriesgarlo todo por una promesa pueril. Entonces me convierto en la más vulgar y lo someto a mi deseo y dejo que me viole contra las paredes y en el piso. No me sueltes, Oscar. No te detengas, Oscar. Esta es toda mi energía, mi dedicación y en el aire de este cuarto está mi salvación. He predicado por años una sospechosa amargura, una cobardía casi melancólica. Hoy me lanzó sin paracaídas al infierno y, ahí, tus manos me sujetan un último momento, todo para volverme a lanzar a los aires...

Conoció el amor como un tirón, un latigazo que se siente desde los testículos hasta la nuca. Una pequeña reverencia ante la mujer que ama y se arrodilla y le ruega por clemencia, pero también le ruega por más. En las marcas de sus manos se encuentra depositado el mineral frío que ella ha dejado verter para él. Lentamente sus cuencas se embriagan del sudor caliente que emana de su espalda y sus brazos. La sujeta para no perderla, teme perderla así que arremete de nuevo. Es un pequeño monstruo insaciable y que no conoce más que la ceguera de estar triste. Se inmiscuye, delicioso, sobre cantaros de agua bendita que arroja al aire y recibe en el rostro. Ella se deja querer, se deja adorar, le gusta ser un símbolo de su infinita veneración. Qué importa si el símbolo remonta a una época de ansiedad y dolor, ese símbolo se convierte en carne y bifurca el camino al perdón. Se convierte en un silencioso juramento entre él y ella.

Él está mirándola desde el otro extremo de la cama, ella descansa en calma, se restablece, busca responderse preguntas que él no arroja. Todas las refleja, las ilumina con una sonrisa carismática que se obtiene después de practicar por horas frente al espejo. ¿Qué esperas de mí? Espero que te quedes aquí y ya. La habitación número 23 sirve de escondrijo para ese amor tan humillante. Él se ha desnudado eterno. Ella intenta entregarse, siempre con alguna excusa, algún pero que enmascara el miedo sin fin a la permanente pertenencia. Es una irresponsable, incapaz, cobarde y acribillada zarigüeya. Él intenta protegerla como si fuera la rosa más frágil del mundo, así la siente, así la devora una y otra vez. Inventa el mundo desde sus pétalos, renace en sus raíces y se desvanece en el candor de su aroma.

Hoy las sabanas huelen a sexo otra vez y es hora de ir pensando algún plan con el dueño para que esa habitación sea el refugio perfecto. Oscar se levanta, tranquilo, toma un poco de agua, va al baño y se mira frente al espejo. Está demacrado, succionado, no se reconoce. Mira su cuerpo arañado, salpicado de pruebas fortuitas de cariños bruscos. No está contento, no está feliz, no sabe estarlo. Se recorre dudoso, piensa en lo moral, en lo ético, en el deseo que le carcome los huesos. El frío de octubre entra por las ventanas y eriza sus vellos, contrae su pene, alumbrando la falta de calor en su interior.

Quiere volver a la cama, pero solo se imagina la puerta del número 23 siendo golpeada por unas manos ansiosas que buscan respuesta. Él no conoce respuestas, no conoce caminos, los va creando mientras camina por un prado a oscuras, tropezando entre raíces y maleza. Siempre va siguiendo una voz, le pide que siga caminando, que no se rinda. Cruza manantiales, ríos y lagos. Bebe un poco de aquí, de allá y se celebra para sí mismo. Retorna al camino, anda por ahí con los ojos pesados y la mirada cansina. Su pobre bastión de sueños por cumplir está quebrado, abandonado a la inclemencia de un tiempo que no ha sabido serle fiel. ¿Cómo va a ser fiel si no conoce tan ambiguo término? Ha sido abandonado y se siente culpable, se siente desdichado y carga con el dolor tan vago que provoca el no tener algo que no se conoce. Está trazando surcos mientras camina, se alza erguido por las montañas que dejan descubrirse y se relocala en la mirada de las nubes gigantes que le dan sombra. Odia al sol, odia la luz, camina de noche y se cubre de la luna. Se quema, arde si la luz lo toca, porque la luz deja ver lo diáfano de su ser, le deja contemplarse como un matiz de rosas y negros que, en realidad, no está tan perdido. Él solo conoce la perdición.

- ¿Vuelves a la cama, amor?

- ¿Y Jorge no vendrá?
- No. Ya sabes que aún le molestan este tipo de eventos.
- Funeral. Puedes decirlo, no me espanto.
- Bueno, intento proteger a mi amigo.
- Él ni está aquí y cargas con sus penas. Te compadezco.
- Tampoco es para tanto. Mira, ahí vienen los padres. Pon cara de infinita tristeza.
- ¡Pero si ya estoy triste!
- Realmente no parece. Hola, señora, mi más sentido pésame.
- Muchas gracias, gracias. No quiero ser grosera, pero ¿ustedes quiénes son?
- Somos... éramos amigas de Mariana, señora.
- ¡Ah, sí! Ya las recuerdo. Tere y Lupita, ¿no?
- Esas mismas. En verdad estamos muy apenadas, Mariana era muy cercana a nosotras. Nos cuesta pensar cómo ha sucedido todo tan rápido. Realmente nunca lo esperábamos.
- Imagínense yo como estoy. Una madre espera no tener que pasar por eso, espera que los hijos la sobrevivan, espera estar muerta mucho antes que ellos.
- Tiene razón.
- ¿Tu madre aún vive, Lupita?
- Soy Tere y no, ella nos dejó hace un par de años. Murió de diabetes, nunca se cuidaba y bueno, ahora está con Dios.
- Lo siento mucho.
- Gracias, señora.
- ¿Y tú Lupita?
- ¿Qué? Ah, mi madre, sí, sí. Ella aún vive, sigue dando lata como desde el primer día.
- Algún día se te irá y ya te estarás lamentando.
- Tal vez, no lo sé. Creo que estamos en paz ella y yo. Sabe lo mucho que la quiero y la poco que la soporto. Una extraña relación de amor-odio.
- Bueno, bueno. Tengo que dejarlas y atender a los invitados. Muchas gracias por venir y lo que necesiten, estamos a sus órdenes.
- Sí, señora, gracias, señora.
- Relaja tus nervios, Tere.
- Perdón, pero es que, ¿cómo puede estar tan tranquila? Ni una lágrima ha derramado.
- Y, ¿pa' qué quieres verla llorar?
- No es eso. Es solo que... yo estaría devastada.
- Cada quien lo lleva a su forma.
- Puede ser.
- Pero mira a su padre, él si no para de llorar.
- Pues claro, se le fue su tesoro, su hija.
- Quizá. Pero parece que llora de rabia, creo que mataría al cabrón si lo tuviera en frente.
- ¿Y tú no?
- No soy así, ya sabes. La violencia física me asquea.
- ¿Cómo estás tan tranquila entonces?
- ¿Con qué?
- Pues con la violenta muerte de tu amiga.
- No lo estoy tanto, Tere. Me pasé la noche llorándole, y sí, también grité de rabia y coraje y de una puta impotencia que me tuve que pasar con tequila.
- Somos de respuestas prácticas.
- ¿Y no supiste de Cecilia? ¿Sofía?

- No, nada. Y ellas eran más amigas de Mariana que nosotras.
- Es extraño. ¿Si les avisaron?
- Jorge lo hizo, le dejó un mensaje a Sofía y nunca pudo contactar con Cecilia.
- ¿Cómo que Jorge?
- Él mismo se ofreció.
- Vaya, no lo toma tan mal entonces.
- Lo toma mucho peor de lo que crees. Por eso les hablé, para que acudieran ellas en su lugar.
- Y mira, ahora solo estamos tú y yo.
- Aquí deberían estar todos sus amigos, de verdad me pone muy triste.
- Lo sé. Más me entristece saber que Mario fue capaz de esto. Yo nunca lo vi venir.
- Ni yo. Él siempre pareció tan manso y educado. Le propuso matrimonio, le dio una casa, le dio todo.
- Realmente todo.
- No empieces con tus chistes.
- Lo siento, perdón. No es mi intención. Voy a salir a fumar, ¿vienes?
- Sí, invítame uno porque ahora sí no traigo.
- Claro.

- Oye, Tere, ¿no sabes si dieron con él?
- No, de hecho apenas hay pruebas que lo ponen ahí, ya sabes, una huella en la puerta, una grabación de las cámaras del edificio. Al parecer es suficiente para montar un caso.
- Si pudiéramos saber lo que pasó ahí dentro.
- Hay testigos, sí. Dicen que lo vieron en un hotel antes.
- ¿Qué hacía ahí?
- Buscando a Mariana.
- ¿Cómo?
- Pues que ella le era infiel.
- ¡Vaya! No lo justifica, pero... vaya.
- Yo también me sorprendí.
- No entiendo como acabó en casa de Cecilia.
- Tal vez fue con ella después de estar con su amante.
- Vale, entiendo. Pero, ¿cómo sabía el dónde estaría?
- Le encontraron un aparatito en el brazo. Mandaba una señal a algún lugar, así pudo saber.
- ¿En serio? ¿eso hizo Mario? Lo desconozco.
- Todos aquí.
- ¿Y Cecilia?
- Nadie sabe.
- Ella podría saber lo que pasó, ¿no? Dar una prueba irrefutable para encerrar al cabrón toda su vida.
- ¡Exacto! Pero nadie sabe dónde está. La han buscado y nada.
- ¿Crees que Mario le haya hecho algo?
- No lo sé.
- ¿Escuchas? Ya va a empezar la misa, apaga esa chingadera.
- Voy, voy.

Intermedio

¿A qué sabe un incendio?

Escapé corriendo del pequeño almacén y hasta el callejón detrás de la panadería. Me llegaba el olor a masa y azúcar calentándose en los grandes hornos. Podía sentir el sudor frío deslizándose por mi nariz y bajando hasta mi boca. Empecé a temer que tus palabras me encontraran entre los botes de basura y las ratas, porque todas tus frases tienen la inexplicable cualidad de atravesarme el alma.

Solté una carcajada nerviosa, apagada en mi caja torácica y midiendo mi respiración. Puse mis manos en la dura pared de ladrillos y me dejé soltar en llanto. Desbordé la gutural herida en mi pecho, derramé las lágrimas que guardaba para otro momento, no sé, tal vez mañana. Tal vez tú de nuevo murmurando maldiciones chinas al oído de tus compañeros de trabajo.

Esa mañana amaneció como todas las demás: café, jugo, galletas saladas y conversaciones casuales en el elevador. Tú y yo no nos mirábamos ni aunque estábamos a veinte centímetros de arreglar las cosas. Te escuchaba tararear una canción antigua y solterona. Yo no podía empezar a pensar en soluciones ni atajos, cuando, rápido y de pronto, tu garganta pronunciaba sin esmero palabras dolientes. Provocaste en mí heridas que supuran y ruegan y se alimentan. Estoy en el callejón y pienso si será mejor dormir, esperar a mañana para darle un giro a todo. Pero tus palabras me han alcanzado y me dejan dudosa ante los celos de otro camino.

Quisiera volver a casa y acurrucarme en tus brazos, sentir tu barba, tu cabello y el enramado de tus ideas que a veces entiendo y otras no. Es lo peligroso de la costumbre, no sabemos cuándo se instaura. Un día amanecemos pensando en hacer las cosas diferentes y ya nos sentimos tan cómodos que el esfuerzo no lo vale: cada quien elige su propio sufrimiento.

Me he condenado, despacito, a tener esperanza. A esperar que la vida me dé todo lo que, según yo, merezco. Olvidé cómo actuar, cómo caminar, me olvide de moverme y parecer viva ante los ojos de Dios. "No me des el infierno que aún estoy viva".

Las primeras veces son tan fantásticas, te dejan sin aliento, te consumen y renaces como fénix. Tomarnos de la mano, besarnos, hacer el amor y conocer a la familia del otro. En algún momento la línea desaparece y lo transforma todo en otra cosa. ¿Qué? ¿cómo? ¿dónde? Una mirada escruña la helada puerta por donde se nos cuele la fría crueldad de la amarga rutina. Ponemos toallas bajo la puerta, nos escondemos, pero nos atrapa igual. ¿Es la seguridad de mantenerte a mi lado tan maquiavélica? Imagino que no, que la línea se borró por las cosas que no hicimos: no saber pedir perdón, no saber dirigirse al otro de una forma más pacífica. El hábito es aún peor, nos ha convertido en verdugos de origen desconocido. Nos estamos lacerando con el cereal y el jugo de naranja. Lo complicado es romper el ciclo que nos ata al círculo vicioso. ¿Qué es lo más difícil? Vencerte y, con eso, a la comodidad de estar medio vivos frente a un refrigerador que no da hielos. No puede, no ha sido creado para eso, no puede aprender ni cambiar y ni lo intentará. Los refrigeradores son solo refrigeradores. Tu boca es solo la mecha que me ha llevado a saborear el fuego todos los días, el incendio en la casa que inició de nuestras almas vociferándose que no se pertenecen. Hacemos oídos sordos mientras el empapelado se

derrite, los ojos se llenan de humo y es complicado ver así; me enamoré de una silueta marrón.

Tus palabras me han desarmado y aun así me atrevo a decirte que te amo. Ya sé, no es culpa tuya: las palabras cobran sentido solo cuando embonan con mis heridas. Te miré con la sorpresa de mirar un oráculo, una pitonisa sagrada que advierte mi destino. Soy flagrante cómplice de mi meticulosa culpabilidad.

Hoy volveré a casa tratando de aparentar tranquilidad, de no llorar viendo las noticias, pensando, sintiendo por dentro que hago lo correcto mientras dejo que me abofetees. Las heridas que nos infligimos son las que menos duelen, pero las que más tardan en sanar.

El queso se quedará afuera, me preguntaré si apagué la luz de la escalera y renunciaré a verlo con nuevos ojos, porque la locura de verme equivocada me vuelve loca. Todo por no saber soltar, no saber aflojar un poco para tomar perspectiva. Este orgullo, esta vanidad de quererme mostrar correcta ante el espejo clava la condena en mi frente.

La soledad es una baratija en esta ciudad, moneda de cambio, seductora ama de casa, reina del castillo que se mofa de nuestra falta de paciencia. Si yo tuviera el valor, si hoy fuera más fuerte, podría tenerlo todo. Pero, ¿cuántas cosas suceden cuando apretamos fuerte los ojos?

Al final todo será una cicatriz, no lo sé, en un año o dos. Hoy sigo picando piedra hasta el hueso. Por hoy todo volverá a la calma, me bastará con besar el incendio de tus labios para seguir propagando el fuego que me derrite.

Clemencia, Señor.

Se alza el telón, fuera máscaras

Segunda parte

¿Qué hay después de la muerte? ¿siquiera hay algo? Puede que la oscura noche lo cubra todo hasta la eternidad, que unas manos heladas sostengan nuestros cuerpos frente al infinito vacío y nos deje flotar hasta la nada. Hay otras ocho mil millones de posibilidades, ocho mil millones de personas que pueden vivir la muerte de una forma particular y única. ¿Existirá ahí, en algún lado, un Dios que nos recoja en su brazo y nos haga descansar, que recupere nuestras heridas y nos sane? Puede que la luz al final del túnel sea solo su inmenso amor proyectándose sobre nuestros cuerpos indignos y maltrechos. Ese calor mil veces mayor que el de una madre. Puede que Él sea la fuerza más grande en todos los planos de la existencia y nos acoja y nos lleve de la mano por verdes praderas y hasta magníficos ríos iluminados por un sol resplandeciente y ardiente, pero que no quema. O puede que todo termine en un flash, que la oscuridad nos absorba y nos haga parte suya. Perder la consciencia durante toda la vida: la verdadera nada, un nunca despertar de un sueño sin sueños. Esa visión estremece, hace temblar. Lamentablemente morir es la única forma de conocer la muerte.

Jorge sube los pequeños peldaños de piedra, respirando el olor de una tranquilidad pasmosa, saboreando las piedras viejas y las flores marchitas. Puede escuchar algunos llantos, el tronar de las ramas bajo el fuerte viento de comienzos de diciembre. Va con traje negro, camisa blanca, corbata negra, lentes oscuros. En su cuello una bufanda rosa que desentona con el resto de las circunstancias. Pronto se acerca a su destino, juguetea con las llaves en su bolsillo izquierdo mientras, con la otra mano, sostiene un ramo de rosas blancas. Se detiene un momento, ¿duda? Mira los grabados en las piedras, algunos se leen todavía, otros han sido borrados con el tiempo o tal vez nunca hubo algo que escribir.

Las lápidas se amontonan en todas direcciones, algunas grandes, otras pequeñas. Se da cuenta del abandono que los vivos le han dado a sus muertos: las rocas están gastadas, corroídas, llenas de polvo y telaraña. Esqueletos de flores adornan algunas, pero la mayoría están solitarias y apagadas. Jorge teme al olvido, teme olvidarse un día de volver y dejar abandonada a la mujer que una vez amó.

Fila 32, hoyo 14. Claudia González Rivera, amada hija, esposa devota y dedicada escritora. Unas rosas blancas recién cortadas descansan debajo de su nombre. Jorge enciende una veladora y amarra a la lápida la pequeña bufanda que, sabe, será robada como las demás. A ella siempre le gustaron las bufandas que le tejía, no importaba el color o el tamaño o el diseño, iba y las presumía en la editorial, con su familia, en las fiestas. Solía quitársela y colgarla de la puerta para anunciar privacidad, aún si no había nadie que pudiera interrumpirlos. Ella decía que cada una de las bufandas tenía un poco de Jorge, un cachito de alma. Como si eso fuera necesario: Jorge ya se la había dado toda.

Se conocieron en una fiesta de la editorial. Ella llevaba tiempo insistiendo para que publicaran un pequeño libro de 16 cuentos infantiles. Él sería el editor a cargo de publicar el libro. No tenía ganas de molestarle con un libro que dejaría de vender al año de estar en venta, no quería dedicarle tiempo a algo que no tenía futuro. Pero siguió las órdenes, leyó cada uno de los 16 cuentos y cada uno le encantó. Qué importaba si no se vendía, eso tenía que publicarse.

En la fiesta él se acercó a ella, le ofreció un trago, dos. Platicaron y él le agradeció la oportunidad de leer un poco de su alma. Ella era un vivo reflejo de esas historias tan dulces y llenas de energía; era una pequeña niña de 28 años.

Jorge enciende un cigarro mientras platica con Claudia. Le habla del trabajo, los libros que llegan y que él rechaza. Ninguno tiene ni la mitad de la magia que tenían esos 16 cuentos. Tampoco es como que la esté buscando. Jorge sigue rechazando libros, rechazando oportunidades porque quiere conservar vivo el sentimiento de esos cuentos, el tacto de esas hojas y el olor a tinta fresca. Se ha construido un pequeño escondrijo entre el cinismo y los vicios baratos, se está conservando fresco para ella, para poder imaginar que la ve entrar por la puerta y colgar en la perilla la bufanda rosa.

Estaban pensando en mudarse a otro estado, uno más tranquilo y menos contaminado. A ella le gustaban los espacios amplios y sin fronteras, él solo quería verla escribir hasta el último de sus días. Pero Dios siempre tiene otros planes y a veces esos planes incluyen llamarnos por adelantado. Somos egoístas, somos vanidosos y orgullosos, nos creemos invencibles y celebramos nuestras victorias como si fueran la cúspide de la evolución humana. Pero la mortalidad nos recuerda que somos solo humanos, solo animales espantados que huyen temerosos del imparable tiempo.

Ella murió dos años después del diagnóstico. A pesar de que se esperaba, él no pudo evitar quebrarse. Ella trató de que él lo prometiera, que tuviera una vida después de eso, que no cargara con ella. ¿Qué había que cargar? Solamente momentos hermosos junto a la persona que se ama, eso es lo doloroso. Si hubiera por ahí un pequeño momento ingrato del cual él pudiera aferrarse y pensar "está mejor ahora". Pero no es cierto, porque ella estaba mejor con él, mejor aquí con los sueños y los planes. Le había dejado a él cargar con el peso de lo que pudo ser.

¿Cómo se vive la muerte? ¿qué hacemos los vivos con la muerte? Intentamos esconder todo bajo la alfombra, nos hacemos los fuertes hasta que una canción, un toque, un aroma nos rompe en pedazos. Tratamos de soltar rápido, luego despacio, pero no sabemos hacerlo. Años pasan y la herida sangra sin detenerse hasta que nos hartamos de cargar con eso. Después se hace un zumbido en nuestras cabezas, un recuerdo que llega de repente y nos abate.

Jorge besa la húmeda roca, apaga la veladora y asegura la bufanda que intenta volar libre con el viento. Jorge promete volver, promete no olvidar, porque a veces la muerte no se hace un zumbido, sino un alarido que nos taladra el cráneo. Ver el mundo tan gris solamente le recuerda lo bello que alguna vez fue, lo bello que pudo haber sido. Por eso no puede empacar aún, no puede abandonar todavía la esperanza que le dieron esas manos y esos labios, no puede olvidar las palabras que le juraron amor eterno y que ahora se han vuelto una mentira. Tal vez ella aún lo ama desde su eternidad.

Mira al pequeño edificio colina abajo, se esfuerza por caminar hacia él. Pero quiere estar presente para Mariana, acompañar a Sofía y a Cecilia. ¡Pobre Cecilia que tuvo que ver como ese maldito asesinaba a su amiga! Quiere bajar y despedirse, cerrar, al menos, ese círculo con el miedo de no poder cargar con otra muerte en la espalda.

"El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa ante mí enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me

acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término.”

Amén. El Padre finaliza la pequeña ceremonia y les da a los creyentes un poco de esperanza, reaviva su fe. Jorge se sentó junto a Tere y sostiene su mano mientras ella llora. Se esfuerza por parecer estoico, tratando de sostener un dolor y una pena que no le corresponden. Lupita fuma afuera, llorando a solas, intentando no pensar en su propia mortalidad, en el bello rostro de Mariana en el féretro marrón. Siempre dicen que la persona en el ataúd se muestra tranquila, en paz. En el semblante de Mariana se veía todo menos paz, podía verse la sombra del terror que deja el morir asesinada.

La madre de Mariana se mueve elegante entre los invitados, platica con sus amigas, ofrece pan, galletas y café. No ha derramado una lágrima, en cambio habla del clima, del trabajo, de otras cosas fuera de este momento. Puede que se contenga o puede que su hija jamás le haya importado un carajo. Pero todos se inclinan por la primera opción, es la indicada, la correcta y la más sensata. Puede que se deshaga al mirar las viejas fotografías, al recordar ser cómplice de su hija, al aferrarse a la cálida sensación que deja un abrazo que ya no está.

- Me alegra que vinieras, Jorge.
- Aquí es donde tenía que estar. No podía dejarla sola, tenía que decirle adiós.
- Gracias, por ella, por nosotras. Sé lo que te cuesta venir aquí.
- Pasé a verla, Tere. No pude evitarlo, ni siquiera sé si quería evitarlo.
- Imaginé que lo harías. ¿Cómo te fue?
- Mal. Aún duele, Tere, duele como el primer día que pasé sin ella. Ya no sé cómo volver a estar feliz.
- Piensa en lo que ella hubiera querido para ti. No te dejes caer así.
- Trato de hacerlo, pero no me alcanza. ¿Qué hay de lo que yo quería para mí? Yo la quería a ella y esta existencia es tan gris ahora que no está.
- Hay cosas que no podemos cambiar, Jorge, lo gris del mundo es una de ellas. Su muerte es otra. Hay que dejar ir, aceptar que la vida no es como nos gustaría.
- Piensa en Mariana, Tere. ¿Crees que ella esperaba estar aquí? ¿Crees que ella esperaba morir así?
- ¿Tú cómo piensas morir?
- ¿Hoy? De tristeza.
- Quisiera que eso fuera diferente.
- Lo siento. Quizá sea algo que tengas que aceptar.

Los niños más pequeños corren por el vestíbulo. Corren con su pequeña inocencia, su ceguera temporal. No entienden mucho de lo que pasa, solo saben que los han vestido elegantes para una fiesta aburrida. Hay una persona muerta en la otra habitación, pero ellos se divierten. La muerte no pesa sobre sus hombros, no exhala, no amarra las cadenas de la condena inevitable. Entre toda esa ternura hay mujeres que lloran, viejas amigas que se preguntan cómo pudo suceder. Se sienten culpables mientras piensan que pudieron haber hecho algo. Todos pudieron haber hecho algo diferente, pero, ¿sería suficiente?

Mariana descansa con una expresión de tranquilidad en el rostro. Está acostada con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre su pecho. Su boca parece que quisiera sonreír, tal vez todo sea una broma y ella salga para gritar “¡Sorpresa!”. Tiene puesto un hermoso vestido azul que Mario compró el verano pasado. Fue carísimo, pero valió la pena ver en

su cara la imagen de la felicidad. Nunca lo usó hasta hoy, nunca tuvo la ocasión. Quiso guardarlo para un momento especial y ahora no sabrá nunca lo hermosa que luce.

- ¿Y Lupita?

- Sigue fumando afuera.

- Pobre. Quisiera que tuviera el valor de enfrentarnos.

- Los sentimientos son siempre una cosa muy escurridiza: empezamos a soltarlos y se nos resbalan de las manos, de pronto estamos hablando de cosas que nos sucedieron hace veinte años y no supimos decir hasta hoy.

- ¿Crees que eso teme? Ya nos ha contado mucho de su vida.

- ¿Te ha dicho alguna vez todo lo que le dolió haber vivido lo que vivió?

- No.

- Puede que eso la detenga ahora. No lo sé, Tere. Tal vez es solo la visión de su amiga lo que la detiene. Dale su tiempo.

- Creo que tienes razón. Lo que me carcome por dentro es la duda de dónde estarán Sofía y Cecilia. ¿Si hablaste con ellas?

- Les dejé un mensaje. Realmente no intercambie palabra con ellas.

- ¿Les diste la dirección correcta? ¿la fecha?

- Sí, tranquila. Si no están aquí es porque algo más grave ocurrió, ¿no crees? Además, nadie ha visto a Cecilia desde ese día.

- Sí, lo sé. Lo siento. No puedo imaginar a Cecilia viendo morir a su amiga en su propio departamento, las manchas en el piso que le recuerdan todo, ahí, a todas horas del día. Tal vez huyo de tan espantosa situación.

- No lo sabremos hasta preguntarle.

- ¿Crees que volverá?

- Sé que lo hará.

Mariana se despierta con el traqueteo de las tuberías del viejo hotel. Son cerca de las tres de la mañana y por fuera se escuchan sirenas de policía y a prostitutas ofrecerse por cincuenta pesos o menos. Ella tiene medio cuerpo fuera de las sábanas, por eso tiene tanto frío. En el baño escucha los leves quejidos de su amante. ¿Qué le molesta tanto? ¿será ella? No, ella sabe justo lo que ocurre, pero no quiere nombrarlo. Mejor se levanta de la cama y se sirve un poco de jugo. La ventana está abierta y deja entrar el aire que la despeina y le deja helados los huesos. Trata de no pensar, de dejarse llevar por el aroma a cloaca y humedad. La habitación 23 del hotel "Las Águilas" sonaba más prometedora en el folleto, pero no importa, es el lugar perfecto para su pequeña aventura.

Se toma otro vaso, está sedienta, se siente cansada y con el cuerpo pesado. Esa noche hicieron el amor de forma torpe, así ha sido todo desde aquel día, pero ella sigue esperando a que las cosas mejoren porque no quiere soltarlo. Qué importa lo que haya pasado, ella quiere estar aquí hoy y hacer el amor con el hombre que dice amar.

- ¿Vuelves a la cama, amor?

Amor. Que palabra tan extraña, tan corta y tan cargada de cosas que Mariana no entiende. ¿Está enamorada de Oscar? Tal vez, no lo sabe ni sabría explicarlo. Él asiente con un gruñido y sale del baño, se sube a la cama y se acerca a su cara. Él también intenta dejarlo todo atrás, disfrutar el momento, pero todo está tan fresco y tan ardiente.

- ¿No te sientes culpable por lo que pasó?

- Mucho. Pero si pudiera detenerme no estaría aquí hoy.

- ¿Crees que es lo correcto?

- Puedo irme si tienes dudas.
- No, no te vayas. Quédate, pero no te vayas. Es solo que... me siento culpable, Mari.
- Te entiendo, pero aquí sigues. Creo que debemos dejarnos de tonterías y aceptar que la culpa no es suficiente.
- Tal vez. Es solo que prometí tantas cosas y ahora... le fallé y me fallé a mí mismo.
- ¿Por hacer lo que tu querías? No puedes detenerte por algo que quiere otra persona, por algo que otra persona espera de ti.
- Me parece que no eres la más indicada para decir eso.
- Tienes razón, por eso te lo digo, para que no seas como yo.
- ¿No te duele haberla traicionado?

¿Traición? Ella conoce esa palabra, conoce el significado, pero nunca lo ha sentido en su piel, nunca ha sentido haber traicionado a alguien porque nunca ha querido serle fiel a alguien. No sabe ser leal, no sabe quién es y se está buscando todas las noches en los brazos de otras personas, en las drogas baratas, en el alcohol caro y la cocaína mal cortada. Está acostada en la cama pensando mil formas diferentes de escapar de su situación, pero no quiere hacerlo. Quiere cargar con las consecuencias, quiere sentir el dolor para volver a estar viva. No importa si Sofía la odia, si Oscar la venera, si mañana Mario se entera de todo y decide dejarla. Las inevitables consecuencias de sus actos son lo que la mantiene en el juego. Esa sangre, ese sudor, esos motivos iracundos que la dejan sin aliento. Quisiera entender un poco más, salir un poco de su lugar tan empolvado y oscuro, pero no sabe. Lo entiende todo, lo ve ante sus ojos, pero no lo siente. Cada mañana regresa a su casa y prepara los huevos con jamón, plancha la ropa y deja todo listo para que Mario llegue y se bañe, se vista y se largue a trabajar otra vez y otra vez y otra vez. Todo por ella, para mantener los caprichos de una niña que no sabe lo que quiere. Ni todo el dinero del mundo compra una identidad ni subsana un deseo ni crea la carne desde el barro. Por eso nunca es suficiente para ella.

- No hablemos de eso, por favor.
- ¿Qué quieres que haga entonces?
- Olvídala o vete.
- A veces puedes ser muy cruel. No sé si me espanta o me atrae.
- Tal vez las dos.
- Debe ser. Pero mira, tienes razón, yo acepté entrar a esto contigo y ahora debo ser consecuente. Además, creo que te amo, Mariana.
- Y yo te amo a ti, Oscar.

Mariana piensa si sus palabras podrían ser más cínicas, más burlonas. ¿Qué es el amor? Estoy enamorada de ti, Oscar, me pondré esta máscara para ser la persona que quieres que sea. Mañana seré otra persona, no sé quién. Bailaré contigo lo que quieras y jugaré a las escondidas en tus palacios de cristal. Por dentro sé que no importa lo mucho que llore, lo mucho que me distraiga leyendo novelas de detectives y viendo estupideces en la televisión. Cuando uno está así de roto no importa nada más que la efímera cura al dolor. Cuando ella despierta Oscar ya se ha ido. Son las diez de la mañana del 23 de noviembre. Afuera cae una tormenta que levanta el polvo de las calles, obliga a los gatos a volver a su escondite y apaga el fuego de una ciudad que arde desde siempre. Solo por este día Mariana quiere disolverse un poco, quiere desaparecer con la pesada bruma de instantes que se le han escapado de las manos. Está malherida entre las cobijas llenas de liendres y sueños rotos, está ahí, olvidada por todos, sin alguien que la busque o la llame o siquiera pronuncie su nombre. Se levanta sintiéndose más ligera, se alegra de que Oscar se haya

ido. Piensa en volver a empezar, una vez más cruza por su cabeza la idea de detenerse, de parar el juego, la destrucción que todo lo consume. Se mete a bañar con esa idea en la cabeza, está escuchando la radio y canta bajito. Cierra los ojos y el sonido de la regadera se pierde con el tronar de la tormenta. Abajo se inunda el lobby, se meten las cucarachas y los perros. No importa, ella está pensando en otra Mariana, en otro hotel y en otra oportunidad.

Sale a la calle y teme no poder llegar con Cecilia. La avenida está inundada y corre basura con los pequeños ríos que nacen de calle arriba. No lleva paraguas, no lleva una chamarra ni botas para la lluvia. Con el poco aire que el denso ambiente le permite está buscando un taxi. Se asegura que las llaves de la habitación 23 estén en su bolsillo y sube. Le da la dirección. Son las cuatro, ya va tarde. No importa, Cecilia entenderá, Cecilia la ayudará y le dará consuelo. Ella sabrá qué decir y la animará con alguna historia y un café. Podrán charlar como las viejas amigas que son y se sentirá a salvo en el departamento a oscuras. Ya está pensando en qué decirle, en cómo explicarle que ahora las cosas deben cambiar porque no puede seguir destruyéndose.

El taxi tarda dos horas en llegar al destino. Mariana está impaciente, quiere capturar este pequeño valor que crece dentro de ella, quiere desbordarlo, contarlo a su amiga para hacerlo real. Sube hasta el cuarto piso y toca. Nada. En el suelo hay una docena de colillas y Mariana piensa que, una vez más, su buena amiga ha perdido el control de las cosas, que Rodrigo ha pasado la noche aquí esperando a que ella abriera. ¿Habrá sucedido? Vuelve a tocar y nada de nuevo. Le grita preocupada, no importa, la lluvia se lo come todo, lo devora y nos devuelve nada. Busca en su bolso las llaves que le dio Cecilia hace como tres años. Ahí están, es un milagro. Abre despacio la puerta y empuja los cientos de alfileres en el piso. Avanza tratando de esquivar los platos y los vidrios rotos.

- ¿Cecilia? ¿dónde estás?

Teme lo peor, reza para que lo peor no se materialice ante sus ojos. Recorre el departamento y solo ve rastros de la dignidad de su amiga. Ve sus lágrimas, su dolor, su llanto que ha explotado una vez más. Casi escucha el apagado sollozo de Cecilia. Entra al baño y ahí la ve. Está desnuda frente a la bañera llena de vómito. En el suelo está un bote vacío de pastillas, vidrios rotos y una navaja que escurre sangre seca. Mariana corre hasta su amiga, las cosas no deberían ser así, deberían ser diferentes. Piensa que era su momento de empezar a crecer y quería hacerlo de la mano de Cecilia, pero esa mano está pálida, fría y luce muerta. No lo está, no lo está. Mariana acaricia el cabello de Cecilia y se siente más tranquila, basta con llamar una ambulancia para que todo mejore.

- Vas a estar bien, Cecilia. No te preocupes, vas a estar bien.

Son las 19:50 y un Chevy solitario y furioso recorre la ciudad, está cazando algo, está avanzando hacia la fría noche en busca de su presa. Ya no hay nada que lo detenga, nada que lo haga pensar dos veces.

Mariana ya ha cubierto las heridas de Cecilia, le da de tomar sorbos de agua al despojo que antes fue su amiga. No tiene sentido nada de esto, ¿cómo todo se nos escapa de las manos? ¿por qué Cecilia tuvo que tomar esta decisión y no una más sana? Es como si en un momento la mejor opción fuera la muerte, incluso antes de cambiar uno mismo. ¿Qué lleva a alguien a morir por mano propia sin agotar todos los caminos?

- ¿Mariana?

- ¡Cecilia! Qué bueno que despiertas. Me tenías preocupadísima. Ya intenté llamar a una ambulancia, pero las llamadas no salen, debe ser por la lluvia. Pero no te preocupes, aquí voy a estar para ti.

- ¿Mariana? ¿dónde estoy?
- Estás en tu baño. Creo que intentaste matarte.
- ¿No lo estoy? ¿tú me salvaste?
- Pues no sé si te salvé o no, creo que hubieras sobrevivido igual.
- ¿Por qué lo hiciste?
- Porque eres mi amiga y te quiero, te amo, quiero hacer las cosas bien.
- Entonces no me hubieras salvado.
- No digas tonterías. ¿Qué pasó que fue tan malo?
- Lo mismo de siempre, Mariana. Ese tonto ciclo que no logro romper y que me está derrotando. No soy tan fuerte y ya me cansé de intentarlo.
- No, Ceci, no. No digas eso, justo vengo a decirte que quiero cambiar las cosas conmigo, creo que puedo hacerlas mejor.
- Me da gusto por ti, Mari. Quisiera poder seguirte a ese lugar que prometes para ti, quisiera poder intentarlo otra vez, levantarme y dar batalla un día más. Mírame, estoy desapareciendo, me veo en el espejo y soy gris, Mariana, soy triste. Ya no puedo continuar con esto, Mari. Mari, déjame ir, deja que me vaya.

Mariana ve el dolor en los ojos de su amiga, ve la tristeza, el abandono en el que se tiene. Cree firmemente que la muerte no es una solución, que la muerte es un infinito no-estar, no-ser. Se ha preguntado tantas veces si no sería mejor morir y todas esas veces ha llegado a la misma conclusión: el dolor es mejor que la nada. Quisiera sostener a su amiga por un momento, darle el calor que necesita, pero, ¿cómo? Ella no sabe de esas cosas, no conoce el calor, vive fría, helada y a medias en un carrusel de emociones que no se repiten, de pieles que se desconocen. No tiene la respuesta que Cecilia quiere, pero está dispuesta a buscarla.

- No, Cecilia. No voy a permitirte.

Y sin embargo no ve la mano que se desliza hasta un pedazo afilado de vidrio. No ve en Cecilia las intenciones de volarse las venas de los brazos con un movimiento firme y veloz. No ve el auto que se detiene en la calle ni al hombre furioso salir de él. No ve nada, no siente nada, su inocencia la ha cegado, su bondad la mutila, su reacia decisión de no reaccionar la tiene arrinconada contra las paredes. Intenta moverse cuando se percata de todo, intenta esquivar las balas, bajar la cabeza y cubrirse hasta que pase lo peor. Detiene a Cecilia, casi. Se ha dejado solo una herida pequeña, pero está forcejeando porque quiere volver a hacerlo. Mariana ya no sabe si esa es su amiga, no sabe si ella está en un estado narcótico, en un momento empobrecido, víctima de fugaces explosiones de maldad infinita. ¿Quién elige estos caminos? ¿por qué sufrimos voluntariamente? Todo eso está pensando cuando lo mira claro y en cámara lenta: el vidrio ensangrentado que se resbala de entre sus dedos y se dirige, firme, a su pecho. Lo atraviesa como si fuera de papel maché, una figura decorativa en la sala de estar. Siente el frío y luego el calor. Piensa en no exhalar, no respirar, no dejar que se le vaya la vida. Cecilia se ha quedado congelada, ve a su amiga caer al piso y golpearse la cabeza, la ve sangrar ahí y sus manos no pueden moverse. Se está ahogando en su propio terror. Una solución se convierte de pronto en el más grande de los problemas.

Alguien golpea la puerta, Mariana está rezando y Cecilia grita de pánico. Los teléfonos no sirven, las puertas tampoco porque Mario logra arrancarla de sus bisagras y entrar corriendo al departamento. Arroja todo por los aires, los platos se deshacen contra las paredes, los cubiertos vuelan hasta la sala y el vecino de abajo grita cosas inaudibles. Es la escena surrealista de un sueño sin fin. Mariana intenta no mirar a ningún sitio, no sabe

cuál lugar elegir como el último que verá. Sus ojos esquivan la mirada de Cecilia que le pide que no se muera, pero sus palabras parecen de juguete. ¿Qué es la muerte? Ella no puede controlarla, trata de decirlo, de hablarlo. No tiene sentido. Mario ha destruido la cocina y avanzado hasta el comedor, lanza las sillas, rompe la mesa de caoba y destruye la radio.

La música ha dejado de sonar, Cecilia está pálida de miedo. Mariana sigue resistiéndose, sigue pensando en haber hecho mejor las cosas. Tal vez ahora pueda librarse de sus cadenas, pero esta libertad no se la ha ganado. Ella no es quien rompió las ataduras ni quien eligió salir de su jaula. Todo podría haber sido diferente, si ella fuera más valiente, si ella hubiera tomado el control de su vida y sus circunstancias. Ahora mira con pánico a los ojos de Cecilia, busca irse tranquila, acompañada y sin sentirse sola. La sangre se le sigue escapando y ya nadie intenta detenerla. Mariana se ha rendido y en el último momento su imaginación le arroja las más descabelladas formas de esperanza. Cecilia toma su mano y apenas siente su peso, su calor. Las miradas se cruzan buscando cosas diferentes. Se alza el telón y puede dar su último adiós después de tan desesperada actuación. No ha sido su mejor papel, no ha sido su mejor vida, pero se entregó con pasión, lo dio todo. Murió con la máscara del personaje que nunca quiso ser.

Pequeño mundo gris de tonos grises

El amor se me desliza como tristes cadenas, se me clava y se me ampolla en la espalda, succionando, suave, mis fuerzas.

No conocía el amor, no había querido conocerlo. Y aun así me pegó de frente, quieto, como si el mundo se moviera bajo mis pies y me estampara contra ese muro. Oscar caminaba por las habitaciones de sus mazmorras, sus silencios y rencores. Estar perdidos duele, la extrañeza del vacío se nos hace familiar, aún más después de estar en los brazos de Apolo. Sus manos seductoras, labios carnosos que pronuncian leves promesas; todas apagadas. Todas hacia abajo, con la mirada en el suelo. ¿Mi consuelo? Saberme lejos de lo que antes fue el infierno.

Cada mañana alzo las cortinas, recojo las revistas y sacudo sobre los libros. Canto pequeños cuentos, recito poemas a lo bajo, la entre luz de las persianas sostiene en vilo sueños que abandoné desde niña. ¿Ser bailarina? ¿Sentirme como el viento? Afuera llueve y, en el armario, las pesadas zapatillas acumulan polvo y lágrimas. Cuando nos dolemos es cuando barajamos la nostalgia, el pasado que se ha quedado inmóvil y bajo el control de alguien que nunca fui yo. Pero los recuerdos se suceden como quiero, bajo los colores que elijo: rosas, blancos y anaranjados. Cristal claro, contraluz de los reflejos que se detienen sobre mi piel.

El teléfono sonó durante dos días, todo el día, taladrando las paredes, sembrando dudas y pensamientos en lo profundo de mi campo. Observaba al monstruo vibrar desde una esquina, pensaba que, tal vez, ciertas cosas se colocan miserablemente en las puntas de mis cabellos.

Una semana después escuché el mensaje de Teresa: Mariana había muerto, Mariana nos había dejado, Mariana arrebató a Oscar de mi lado. ¿Lo habrá sabido? ¿Cómo habrá muerto? Levante el auricular y llamé. Dos, tres timbrazos y, del otro lado, su pastosa voz, su cálida voz susurrando lamentos.

- ¿Qué pasó?

Se explica en veinte frases que resumo en cuatro palabras: Mario mató a Mariana.

El amor otra vez, el amor de nuevo cobrándose una víctima. Cuelgo y me dejo caer en la sillita mecedora. Conmigo caen mis lágrimas y, del otro lado de la ventana, comienza a llover. Me esfuerzo por odiar cada momento que pasé lamentándome en las tinieblas; oscura penumbra de mi alma. El ángel que me cuidaba se apagó con el alba, amanecer apaciguante, cálido, sol que entra por el vidrio y quema la cara.

Dos años después visito la tumba de Mariana cada mes y, de regreso, visito la mía. Deambulo por los bares, me siento a la tenue luz de viejos focos y bebo hasta olvidar mi nombre, mi hogar, mis miedos y mi voz. A veces recuerdo que trato de no pensar en el pasado, trato de enfocarme en mí, pensar en el futuro. Pero me desprendí del presente, no sé en dónde estoy ni cómo llegar a donde quiero ir.

Estoy buscando en mis cajones alguna prenda mágica, habitación maldita. Invoco una oración, descoloco mi cuerpo de este plano y, más bien, me asemejo a un mal reflejo de mi piel, carne que cubre, que impide respirar.

- Son lindas.

- Gracias, las compre aquí afuera.

- Ah.

- Sí.

Nos quedamos mirando hacia la losa de piedra, en silencio, él dos metros detrás de mí. De reojo alcanzo a ver esa bufanda colgando de su cuello y hasta la cintura. No hay viento así que no baila, él no se mueve, está sobrio.

- ¿Llevas mucho aquí?

- Sí, algo. Pasé a ver a Claudia.

- Ah, sí, claro. ¿Y qué tal?

- Sigue muerta.

Otra vez silencio, más largo, más denso, no me atrevo a romperlo y sé que él no quiere que lo haga. Está llorando, susurrando rezos, gimoteando con sus mocos. Yo estoy aquí, quietecita con el nudo en la garganta, en el pecho y en el estómago.

- ¿Por qué no viniste al funeral?

- No tenemos que hablar si no quieres.

- Contéstame, por favor.

- Me enteré muy tarde.

- ¿Fue por Oscar?

- Pues parece que ya lo sabes todo, no sé qué quieres que te diga.

- Te necesitábamos aquí.

- Lo sé y créeme que hubiera querido estar aquí. No estaba enojada ni nada de eso, solo no supe, me encerré en mí misma.

- Lo siento, Sofi.

- No, tienes razón. Yo lo siento.

Le pregunto cómo está, intento mostrarme interesada, tender puentes ahí donde no había nada. Hablamos por unas horas, cervezas de por medio, y cada tanto menciona a Mariana, Cecilia, yo no sé ni qué decirle. Él trata de encontrarle un sentido a las cosas, señalar culpables y darle justicia, descanso. Yo trato de aceptar solamente, por eso me despido de él a mitad de una frase. Se queda ahí, solo en la mesa, ahogándose con jarras y cigarros. Lo miro desde la puerta y no puedo continuar, regreso y le pregunto si tiene a alguien con quien hablar, un lugar donde estar. Él solo me mira y suelta una sonrisa vacía.

- Vivo sola no muy lejos de aquí, porque no vienes y platicamos allá

Las palabras no nos sirven de mucho cuando el corazón llora. ¿Por qué nos aferramos al dolor del pasado? Podemos seguir caminando, andando, aunque fuera despacio, pero decidimos quedarnos de pie pensando en lo que pudo ser. Ahí es donde las palabras no alcanzan; la tristeza, el dolor, es inenarrable. Cada frase de apoyo es estéril, cada pregunta lleva a callejones sin salida, muros infranqueables.

Hay días, tal vez, en que la salvación se nos ofrece en distintas formas: personas, canciones, momentos congelados en bolas de cristal que acomodamos en la estantería: estantes de estantes.

Jorge habla, se desnuda y, en su discurso, veo pequeñas gotas, unas de tristeza, otras de esperanza. Arrojo preguntas, asiento según la conversación, poco a poco el alcohol hace su trabajo, suben los decibeles.

- ¿Por qué no buscas a alguien más?

- Porque no hay nadie como ella, nunca seré tan feliz, Sofi.

- ¿Y lo eres ahora?

Su estado actual me molesta, me enfada su impotencia, su resignación. No responde a mi pregunta, claro que no, porque no hay respuesta racional a la propia miseria.

- Podrías intentar ser menos infeliz, ¿no?

- Yo... cuando conocí a Claudia no creí que las cosas terminarían así, ni siquiera que darían pie a todo lo que pasó. Sí, claro, me gustó desde que la vi, pero me enamoré mucho después. Viví tanto con ella que no sé hacia donde ir sin sentir que mancho su memoria.

"Y ya sé, me dirás que hay mil cosas por conocer, personas por descubrir y una chingada. Pero no te das cuenta del valor de estos recuerdos, todo eso que está en mi cabeza y que temo desaparezca. Por eso cada día visito los mismos lugares, hago los mismos rituales mientras trato de que, aquí dentro, todo siga igual. Me aferro al dolor porque es lo único que me queda de ella.

Quiero alejar la mirada de este hoyo negro, retirarme de esta situación sin valor ni sentido. Me pregunto si alguna vez sentí algo parecido a eso, una emoción similar o algo que emulara ese dolor/amor. Pero nada, no tengo referencia.

- Hacer el amor con un fantasma, mirar hacia el vacío que ocupa su cuerpo. Sentir su respiración, su palpitar, su vibrar, pero nada más. Lejos, más lejos aún, sus miradas, sus ojos se trastornan, se vuelven familiares, seculares, se redondea la vieja figura familiar, ya gastada. En la mañana se ha ido ya el recuerdo, se difumina en el aire turbio de tardes solitarias. Con él me voy yo.

- Todo esto que me dices, que sientes, yo no lo puedo imaginar ni estoy segura de poder sobrevivirlo.

- Cada uno elige su infierno. Tal vez yo no podría con el tuyo.

Lo abrazo, despacio y en silencio, sin saber si es él o yo quien lo necesita. Estoy preguntándome cómo podemos estar tan quietos bajo la lluvia, el granizo y la tempestad, y no movernos, quedarnos de pie ante la inclemencia. Absorbo su respiración, sus miedos y su frágil llanto y, mientras recorro su cara con mis manos, siento sus arrugas, sus enojos y rencores. La barba sin rasurar que araña mi piel, la abre a nivel microscópico. Quisiera ser lo suficientemente fuerte como para arrancarlo de ahí, de su estancia en ese absurdo limbo de entremeses. Salir a la intemperie, cubrirlo con mi cuerpo, regalarle el poco calor que pueda brindarle.

- Estoy tan perdida como tú, Jorge, solo que mi laberinto es diferente: me parece imposible.

- Todos en nuestro propio mundo sin estrellas.

- Voy a tener que besarte.

- ¿Por qué?

- Porque prefiero ignorar mis problemas atendiendo los tuyos.

Cuando despierto él ya no está, se ha ido y solo queda la pálida ilusión del sexo por compasión en una noche tormentosa de abril.

Hay migajas de nuestro encuentro regadas en el salón y la cocina, cervezas vacías alrededor de la mesa de centro como pequeños faros ceremoniales anunciando la llegada del mesías. Más allá, nada.

Me pregunto dónde estará, si estará bien, entonces veo los huecos en la alacena y pienso que ya se las arreglará: ha estado bien sin mí tanto tiempo. Quizá, tal vez, está acostumbrado, aclimatado al sufrimiento sin sentido que se consagra en las mañanas rotas, desvelos de borrachos y gritos, no, aullidos de agonía a la luna llena.

No ha de ser tan mala la experiencia.

Después de bañarme me miro al espejo, me pregunto si sería capaz de afrontar la vida con semejante ligereza, ese aire pretencioso de estar bien y, en las noches, llorar hasta quedarme dormida. Despertar, cagar verde y salir a disfrutar del cálido mientras todo a mi

alrededor se sucede sin tregua. Esa actitud, ese móvil de infinito placer no va conmigo. Veo mis manchas, mis costras, mis agujeros sin besos, mis brazos sin abrazos. La mueca incauta de una niña que aprende a jugar consigo misma. ¿Qué es lo que nos mueve? A algunos el deseo, el goce repetido que va acompañado de un constante martirio catedrático. Otros, como yo, solo tratamos de evitar eso que nos hace daño, no importa si lo intercambiamos por un placer hedonista, no. A veces el solo hecho de dolerse menos ya es placentero. Supongo que depende de la soga que cada uno se eche al cuello.

23 de noviembre, sigo pensando en cómo todo pasó a ser basura. En las noticias hablan del triunfo de la soltería, la adopción y la procreación in vitro. Yo miro con escepticismo mientras Jesús vuelve con un par de cervezas.

- ¿Qué piensas, bonita?

- No, nada. Solo miraba la tele.

¿Por qué estás conmigo? ¿por qué estamos aquí hoy si tengo tanto miedo? La soledad nos lleva, despacito, a buscar la compañía. Después de tanto hablar conmigo me he quedado sin historias que contar.

Sucede que hoy miro a Jesús, sus ojos verdes y su barba poblada, camisa a cuadros y tatuajes hasta el hombro. Su aterciopelado calor, su liberalismo radical; estoy enamorada.

- Creo que no podemos evadir el amor.

- ¿Lo estabas intentando?

Él sabe mucho de mí, me conoce. Dejé que entrara en mí de a poco, un día a la vez. Largas charlas con café, cerveza o el sudor de septiembre.

- Sabes que sí.

- ¿Por qué?

- Creo que la gente, nosotros, somos todos una mierda.

- Sí, tal vez. ¿Crees que yo lo soy?

- Claro que sí.

- Por supuesto. Esto es solo una máscara.

- Un disfraz.

- La colonia que oculta el fétido olor a mierda.

- Eres tan sensual cuando dices mierda.

- Mierda, mierda.

Estamos volviendo a empezar, sabiendo que somos personas, que algunas cosas cambian y otras no. Jesús se mueve cada día en un sonido diferente: cambios de humor, de ideas, de planes. Me siento feliz por mantenerme en su futuro.

En la televisión ahora hablan de un caso sin resolver, un rostro conocido que asoma sus ojos desde una foto de archivo de la policía. Cecilia sonriendo desde el otro lado del cristal, a cien millones de años luz, chocando en vertical contra el sonoro espacio de mi memoria. Caricaturesca versión de un pasado que duele, pero duele en silencio. Ahí estamos bien, ahí acostados sobre las hojas marchitas de un otoño sin fin. Alguien pide recompensa, un par de cientos de miles. No pasa nada, nadie llama ni atenderá el teléfono. Los obituarios están impresos y las cartas sobre la mesa; nos queda rezar en silencio bajo la luz de los bares, los locales donde venden alitas y cerveza. Los que quieran milagros pueden mirar al cielo, aquí la vida es demasiado gris como para andar esperando.

- ¿Qué es el amor, Jesús?

- Un Dios cruel sin misericordia, cínico y jocoso.

- ¿Y nosotros?
- Víctimas, claro.
- Entonces crees que el amor es malo...
- Honestamente, creo que el amor nos llega puro, se filtra en nosotros, se ensucia con los miedos y rencores; el mundo es un lugar muy duro, la vida es difícil. Nadie nos enseña a valorar esto que sentimos. Las palabras cursis son cosa de todos los días. Entonces, cuando encuentras a alguien a quien entregar ese amor, sale sucio, impregnado de todo lo que eres.
- Cada amor sería diferente, ¿no?
- Por una persona, un tipo de amor.
- Es como el cáncer, el sida, la gripa; no hay dos iguales.
- O los copos de nieve o los ojos.
- Se te sale la mierda de los ojos.
- Disculpa, problemas de vestuario.
- ¿Cómo es el amor que sale de tus manos, Jesús?
- Es difícil de decir, no conozco todo mi mugrero. Podrías ayudarme con eso, ¿no?
- Claro, y tú a mí.
- Quitar capas de porquería, llegar al amor puro.
- No, no. ¿Sabes? Creo que disfruto de tu mierda.
- ¿Qué sería del amor sin mierda?
- Mierda, mierda.

EDITORIAL CUADERNOS DE SOFÍA

SUPERVILLANO

HÉCTOR HERNÁNDEZ PEÑA

¿Qué papel toca en el escenario del sexo si se es hombre o mujer? Quizá uno asignado por el espacio -un México que el cine y la televisión nos ha hecho ir conociendo-, el tiempo -una suerte de ahora que se desliza un poco antes o después-, el círculo social -ese en el que las necesidades de las mayorías están más que resueltas. Entonces, la dominación necesita del pretexto del amor, uno que se lee en términos de abuso y subyugación en el caldo de las neurosis personales y colectivas. Solo se salva de la tragedia en clave de género una pequeña poesía -casi siempre femenina- con tonos de ensueño.

Francesca Randazzo

Dra. en Sociología- Poeta

Colección 221-A...

La habitación de al lado de Holmes